
Clausura Seminario Internacional ‘América Latina: desafíos y oportunidades’, en Rosario, 10.04.13

Esa tríada que forman la libertad, la democracia y el crecimiento económico es la mejor prueba de que las viejas ideologías que pretendían forzarnos a escoger entre libertad y prosperidad y que jugaban con la democracia a su capricho son falsas. No hay oposición entre libertad y prosperidad. No hay oposición entre justicia social y seguridad jurídica. No hay oposición entre el desarrollo del bienestar y el respeto a la ley.

Durante estas jornadas hemos tenido la oportunidad de reflexionar y debatir en profundidad sobre la democracia y sus instituciones; sobre América Latina y Europa; sobre las oportunidades y los desafíos que tenemos que afrontar en los próximos años. Y sobre cómo podemos hacerlo de manera que nuestras sociedades sean cada vez más prósperas y más justas. En todos estos temas hemos terminado invariablemente desembocando en la palabra y en la idea de la libertad.

La libertad es lo que da sentido y medida a la democracia; es lo que las instituciones deben preservar y promover; es el vínculo más importante que debemos fortalecer entre Europa y América Latina. De su mano se nos ofrecen las mejores oportunidades y se nos presentan también los más graves desafíos. Ella es la clave de la prosperidad de las sociedades. Libertad es la palabra que nos reúne. Es la plaza mayor de estas jornadas, porque es la plaza mayor del pensamiento político que importa y que necesitamos.

Hace hoy exactamente un año, el 10 de abril de 2012, la fundación que presido –Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales– presentó en la ciudad de Cádiz la actualización de su informe estratégico sobre América Latina. Propusimos “Una agenda de Libertad” en la ciudad que alumbró en 1812 la libertad política para quienes entonces fueron llamados “españoles de ambos hemisferios.” Españoles y latinoamericanos, hombres libres de ambos hemisferios, trabajaron juntos para redactar en 1812 la Constitución de Cádiz. Españoles y latinoamericanos han trabajado ahora para elaborar un documento que sirve a la defensa de la libertad.

La base de ese trabajo es sencilla: queremos para América Latina lo mismo que queremos para España y para Europa; el mismo nivel de calidad democrática, el mismo respeto por los derechos humanos, la misma ambición de progreso económico y cohesión social, el mismo bienestar, el mismo futuro.

Esta es la única manera de progresar de verdad y de que progrese la relación entre uno y otro lado del Atlántico desde el diálogo entre iguales. Porque somos iguales.

Afirmé hace un año que la amplitud, la profundidad y la densidad de la relación de España con América Latina es un indicador de nuestra propia salud

política como país y de la claridad de la visión que albergamos sobre nuestra posición en el mundo. Porque, a los españoles, América Latina nos interesa y nos importa como debe, cuando tomamos conciencia de lo que somos y de lo que tenemos que ser.

Y no sólo por un vínculo histórico inquebrantable. También como ejemplo de muchas cosas que necesitamos aprender a hacer mejor.

En los últimos años América Latina nos ha dado muchas buenas noticias y no pocas lecciones. No es una apuesta de futuro, ni una simple posibilidad por determinar. América Latina se atiene hoy ampliamente al paradigma de la democracia, de la libertad y del crecimiento económico, aunque ese paradigma contraste con algunas excepciones.

Y esa tríada que forman la libertad, la democracia y el crecimiento económico es la mejor prueba de que las viejas ideologías que pretendían forzarnos a escoger entre libertad y prosperidad y que jugaban con la democracia a su capricho son sencillamente falsas. No hay oposición entre libertad y prosperidad. No hay oposición entre justicia social y seguridad jurídica. No hay oposición entre el desarrollo del bienestar y el respeto a la ley.

Lo que hay es justo lo contrario. Es la normalidad institucional, es el respeto a las normas y es la defensa de la democracia lo que hace posible el crecimiento económico, la expansión de las clases medias, el desarrollo del Estado de bienestar y la vigencia de los derechos de todos. ¿O es que Cuba es más próspera por ser menos libre? ¿O es que se vive mejor y más seguro en Pyongyang que en Seúl? ¿O es que acaso descubrimos un oasis detrás del Muro de Berlín?

América Latina sí ha aprendido de esa historia. La democracia representativa y la economía de mercado se han asentado ampliamente en los últimos años. La transferencia pacífica del poder entre partidos de signo político distinto ha permitido el arraigo de las buenas prácticas institucionales y la continuidad de las políticas. Ya no se empieza de cero cada cuatro años. Se ha reducido la pobreza, aunque las desigualdades sociales siguen siendo graves, y van consolidándose unas amplias clases medias que generan crecimiento económico, estabilidad institucional y moderación política.

Cada vez son más las personas que creen que se está progresando y que se sienten parte de ese progreso.

Personas que sienten que las buenas ideas producen buenos resultados y que esos resultados transforman sus vidas realmente. Buenas ideas que se refieren a la separación efectiva de poderes, a la libertad de prensa, a la educación, al emprendimiento, al respeto de la ley, al gobierno limitado, a la propiedad privada.

Hay un crecimiento económico sostenido y generalizado en América Latina; se han producido transiciones ordenadas que han dado fuerza a las

grandes políticas; hay un nuevo papel internacional para América Latina. Hay muchas historias de éxito que contar y que exhibir.

Y quienes no las pueden contar son precisamente quienes han elegido los viejos caminos y las viejas políticas.

Cuando es auténtica, la democracia es la voluntad de ejercer y proteger la libertad, la de uno y la de los demás; las instituciones que lo hacen posible; toda una cultura cívica que nace de una idea esencial: la convivencia pacífica de personas libres vale más que la realización de un ideal partidista. O si se prefiere: la convivencia pacífica de personas libres es el verdadero ideal político.

El populismo, la gran amenaza actual a la libertad, transforma la democracia en otra cosa de apariencia externa semejante, pero de contenido completamente distinto. Convierte la democracia en una cáscara vacía. El populismo trabaja para parecer una democracia y para no ser una democracia.

Se conserva la apariencia de una elección democrática, pero se olvida que además se han de respetar las normas, que debe preservarse el pluralismo, que no se puede amenazar a los medios, que los jueces tienen que ser independientes, etc. Si falta esto, la democracia se pierde. Y con ella se pierde la libertad.

El populismo se asienta en algo que parece liderazgo pero que no lo es. Porque el verdadero líder no manipula a una sociedad para imponer sobre ella su propio interés. Al contrario: el verdadero líder sirve al interés de la sociedad, le muestra a la sociedad cuál es su interés y trabaja para ella, aun a su propia costa.

Por eso, el saldo histórico del verdadero liderazgo es bueno para el país y el saldo histórico del populismo es malo para el país, aunque a veces sea –o pueda parecer– bueno para el propio populista.

El populista suele entender la política como clientelismo. Y como hostiga y atenaza a los medios, las críticas no son visibles. Por eso no es improbable que termine dejando un país arruinado, pero un nutrido grupo de partidarios que lloren amargamente su pérdida.

El liderazgo refuerza a las clases medias; el populismo lamina a las clases medias. Y al hacerlo pone en riesgo la democracia y el Estado de bienestar. Pone en riesgo la libertad.

Ejercer el liderazgo respetando la democracia y asumiendo las críticas, no dejándose arrastrar por el populismo, es lo más difícil, porque suele ser lo más incómodo. Por eso el liderazgo es tan escaso. Y por eso debemos felicitarnos de que en América Latina hayamos podido encontrar en los últimos años auténticos líderes que han cambiado la historia de sus países, que han dicho no a la resignación, que han sido más fuertes que el peso de la historia.

Debo decir que en ocasiones las buenas noticias se han debido a que una cierta izquierda ha decidido copiar nuestras ideas y nuestras propuestas. Una izquierda a la que debemos dar la bienvenida. Y de cuya experiencia debemos aprender.

Para perder el miedo a decir lo que pensamos y a hacer lo que creemos. Para no avergonzarnos de tener razón y de hacer que eso se sepa. Para no dejarnos adelantar por la copia cuando somos el original, y para ofrecer más y mejor progreso a nuestras sociedades que el que podrán ofrecer nunca quienes nos imitan y al hacerlo reconocen que tenemos razón.

Debemos vencer las modas ridículas que nos alientan a escondernos, a disfrazarnos, a emplear una lengua de trapo llena de palabras que no dicen nada, que no significan nada y que no sirven para nada. Debemos restablecer nuestra fortaleza intelectual y nuestra claridad moral para presentarnos abiertamente como lo que somos: defensores de la libertad, de la democracia y del progreso real de las sociedades. Debemos tener por nosotros mismos al menos tanto respeto como nos tienen quienes nos copian.

Entre otras cosas porque nada garantiza que la izquierda no vaya a volver por donde solía. Nada impide que igual que hemos tenido la fortuna del liderazgo en muchos lugares no padezcamos pronto la desgracia del populismo en esos mismos sitios. Lo mejor que podemos hacer para evitarlo es no dejar en manos de otros lo que debe ser tarea nuestra, ni confiar en que quien hoy copia lo bueno no pueda mañana copiar lo malo.

En España sabemos bien lo que eso significa. Los españoles estamos trabajando duramente por superar las consecuencias económicas, políticas y sociales que dejó un Gobierno de izquierda. Y lo conseguiremos. España está, y va a seguir estando.

Debemos defender la libertad. Pero no sólo su idea o su teoría, sino su realidad. La realidad de la libertad produce la realidad del progreso. Hoy, quien mejor está rehabilitando la economía de mercado, la moderación y la institucionalidad es América Latina. Quien está haciendo realidad la libertad es América Latina. Frente a una Europa que todo parece ponerlo en cuestión y que por momentos parece encaminarse hacia viejos populismos tan conocidos como inquietantes. Europa necesita hoy del ejemplo latinoamericano. Necesita que su experiencia de libertad, de democracia y de progreso sea contada y conocida.

En ese cambio social histórico que va consolidándose y que hay que saber hacer irreversible, el papel de las empresas españolas es muy importante y debo decir que me siento muy orgulloso de ello. La modernización de la economía, de las infraestructuras o de las telecomunicaciones –que son clave en el desarrollo social- cuentan con una participación española fundamental.

Es un proceso similar al que España vivió hace ya algunas décadas. Entonces nos sentimos orgullosos de poder ofrecer el ejemplo de nuestra transición política, de nuestra apertura económica, de nuestra modernización social. Hoy nos sentimos orgullosos de poder tomar ejemplo de América Latina

por sus transiciones políticas, por su apertura económica y por su modernización social.

Mi experiencia es que cuando un país cree en la libertad y se la toma en serio aumenta su potencial de crecimiento; el Estado de bienestar se fortalece; las clases medias se amplían y se consolidan; la seguridad jurídica se refuerza. Aumenta su peso y su prestigio internacional, se convierte en un factor de estabilidad y de seguridad en el mundo. Cooperera al desarrollo de la civilización.

Una sociedad más libre es una sociedad más dinámica y más emprendedora, mejor preparada para el siglo XXI. Despreciar la libertad es situarse al margen de la historia que trae consigo la globalización.

La libertad no fractura ni degrada las sociedades, al contrario, las cohesionan y las dignifica desde su misma base. La libertad de todos es la igualdad de todos, es la sociedad de oportunidades para todos.

Más libertad es más cultura, más educación, más exigencia ética en todos los órdenes. Una sociedad más libre es una sociedad mejor. Un país más justo, con más movilidad social, un país de todos y de cada uno. Un país capaz de seguir y de marcar el paso de la historia.

La libertad es útil. Defenderla no es situarse en el plano de lo ideal sino de lo práctico, de lo político práctico por antonomasia.

Europa –España- y América Latina debemos ayudarnos a mantener juntos el paso de la historia que estamos viviendo. Una historia que debe ser la de la expansión de la libertad. Estoy seguro de que encuentros como este nos van a ayudar a tener éxito en esta tarea compartida.

Hace unos meses tuve el placer de hacer entrega a Mario Vargas Llosa del cuarto Premio FAES de la Libertad, en Madrid. Dije entonces que “la de Mario es un alma en permanente vigilia por la libertad, atenta a cualquier indicio de fatiga, de decaimiento o de pereza en ella. Alerta siempre contra el totalitarismo y sus caminos. Él vive, narra e imagina la gesta cotidiana de ser libre, toca así la cumbre de la civilización”.

El alma de Mario es el alma de la América Latina que es verdaderamente libre. Permanezcamos atentos ante cualquier indicio de fatiga en la defensa de nuestra libertad. Logremos la gesta cotidiana de ser libres y toquemos así la cumbre de la civilización en nuestro tiempo.